

VII PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA



LIBER FEUDORUM MAIOR.
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

EL 11 DE MAYO DE 1995, EL JURADO DEL PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA OTORGÓ, POR UNANIMIDAD, EL VII PREMIO INTERNACIONAL CATALUÑA A VÁCLAV HAVEL, ESCRITOR Y PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CHECA, Y A RICHARD VON WEIZSÄCKER, ABOGADO, EX ALCALDE DE BERLÍN Y EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

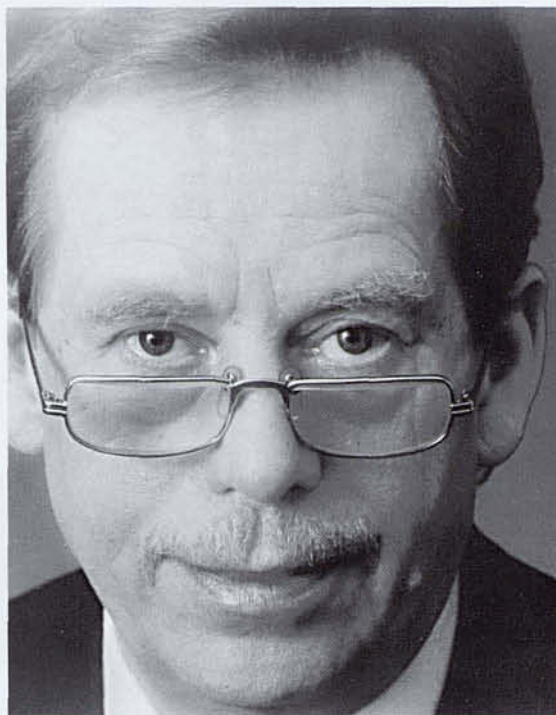
QUE EL PREMIO RECAIGA EN DOS PERSONALIDADES DE PRESTIGIO DEL ÁMBITO POLÍTICO REAFIRMA, MÁS AÚN, LA EJEMPLARIDAD DE SU SERVICIO Y VOLUNTAD POLÍTICOS.

EN CUANTO A CADA UNO DE LOS GALARDONADOS, EL JURADO CONSIDERA,

PRIMERO: QUE LA OBRA LITERARIA Y ENSAYÍSTICA DE VÁCLAV HAVEL REFLEJA, AMÉN DE SU CALIDAD INTRÍNSECA, UN CONTENIDO HUMANISTA Y UNA CLAVE DE LIBERTAD INDECLINABLES PARA TODOS LOS HUMANOS Y PARA LAS SOCIEDADES QUE ASPIRAN A LA DIGNIDAD Y LA DEMOCRACIA. LA OBRA DE VÁCLAV HAVEL HA SIDO DECISIVA EN LA LUCHA COLECTIVA CONTRA LA OPRESIÓN QUE, DURANTE DÉCADAS, SOMETIÓ A SU PAÍS, CONSTITUYENDO LA BASE SÓLIDA DE LA FUNCIÓN DEL AUTOR EN SU NUEVO PAPEL DE MODÉLICO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CHECA. EL JURADO LLAMA LA ATENCIÓN SOBRE EL HECHO DE QUE UNA OBRA LITERARIA EN UNA LENGUA MINORITARIA, LA CHECA, HAYA OBTENIDO UNA GRAN NOTORIEDAD ENTRE LAS GRANDES LENGUAS, SIN DUDA POR SU CONTENIDO, PERO TAMBIÉN POR EL TEMPLE MORAL DE SU AUTOR.

SEGUNDO: LA RIQUEZA Y NATURALIDAD QUE, EN LOS CAMPOS DEL HUMANISMO, DE LA DIGNIDAD, DE LA PAZ, DE LA IGUALDAD, HA REVESTIDO, EN EL CURSO DE SUS DIEZ AÑOS, LA PRESIDENCIA ALEMANA DE RICHARD VON WEIZSÄCKER, LE CONVIERTEN EN UNO DE LOS PRIMEROS ARTÍFICES EUROPEOS DEL PENSAMIENTO Y LA PRAXIS POLÍTICOS EN SU MÁS NOBLE SENTIDO, QUE RECHAZA DESDE EL RACISMO HASTA EL TOTALITARISMO, PASANDO POR LA INJUSTICIA SOCIAL. RICHARD VON WEIZSÄCKER ELEVÓ, A TRAVÉS DE LA CONSTANTE AFIRMACIÓN ÉTICA, LA PRESIDENCIA ALEMANA A UNA AUTÉNTICA PRESIDENCIA EMBLEMÁTICA DE LOS CIUDADANOS DE BUENA VOLUNTAD DEL MUNDO ENTERO.

CATALÒNIA PRESENTA EL TEXTO DE LOS DISCURSOS QUE AMBOS GALARDONADOS PRONUNCIARON EN EL PALACIO DE LA GENERALITAT DE CATALUNYA AL RECIBIR ESE GALARDÓN.



VÁCLAV HAVEL

DISCURSO DE VÁCLAV HAVEL,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CHECA

Majestad,
Muy Honorable Señor Presidente,
Excelentísimo Señor Presidente Von
Weizsäcker,
Señor Baltasar Porcel,
Señoras y señores,

El quincuagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial me lleva a reflexionar, una vez más, sobre la turbulenta historia moderna de mi país. Y una vez más me doy cuenta de que, en realidad, su tema central es un tema siempre vivo que nunca ha dejado de interesarme, a saber, la relación entre la moral y la política. Por este motivo, cuando el presidente Pujol me pidió que pronunciara unas palabras en esta solemne ocasión, en seguida se me ocurrió que podría reflexionar aquí sobre esa relación, con ustedes, tomando como punto de parti-

da la historia moderna de mi país. A lo largo de la historia se han sucedido una serie de momentos claves que, una y otra vez, han enfrentado a los máximos representantes de nuestro país al mismo dilema abrumador: perjudicar al pueblo sometiéndolo al dictado de alguien, o dañarlo por no poder someterlo.

Invariablemente, nuestros representantes optaron por la primera alternativa, y yo siempre he pensado que fue un error fatal. Lo pienso todavía ahora, pero, a diferencia de los años en que yo era un observador independiente de la historia y no había experimentado en mi propia piel la dificultad de tomar decisiones, cuando uno soporta el peso de una función política y la reponsabilidad directa sobre el destino de sus conciudadanos y los hijos de éstos, hoy siento una mayor comprensión por el peso que recaía sobre los protagonistas de aquellas decisiones his-

tóricas. Confieso que, últimamente, he intentado, una y otra vez, ponerme en su piel, imaginarme qué habría hecho yo en su lugar, si efectivamente habría sido capaz de escoger la opción que ahora considero correcta, si me sería tan fácil ahora tomar esa decisión, como en la época en que no tenía la experiencia de mi paso por un cargo político.

El primer dilema estremecedor lo vivió el presidente de Checoslovaquia Edvard Benes, en la época del Pacto de Múnich. Él sabía perfectamente que se trataba de la agresión de un lunático, con el beneplácito de nuestros aliados de entonces, que así, no sólo traicionaron los acuerdos que habían firmado, sino también los valores que profesaban: Benes sabía que, desde el punto de vista del honor nacional y de la salvación de la integridad moral de nuestra comunidad nacional, el comportamiento correcto habría sido no



LIBER FEUDORUM CERITANIE (S. XIII).
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

doblegarse ante la anexión y optar por defender el país. Sin embargo, Benes se daba perfecta cuenta de lo que esta decisión habría significado: la muerte de miles y miles de personas, la destrucción del país y, probablemente, su rápida derrota frente a un rival mucho más poderoso. Sabía que, indudablemente, una decisión en ese sentido habría ido acompañada de la incomprensión y la oposición del mundo democrático, que habría tachado al presidente checoslovaco de destructor de la paz, de provocador y de arriesgado jugador que intentaba arrastrar estúpidamente a otros países a una guerra del todo innecesaria. Optó, pues, por rendirse sin luchar, una decisión que le pareció más responsable que arriesgarse a una rendición que habría conllevado enormes sacrificios.

Ese mismo hombre se encontró en una situación parecida en febrero de 1948, cuando habría podido oponerse a los protagonistas del golpe de Estado comunista —que contaban con el apoyo, no sólo de la poderosa Unión Soviética, sino

también de una parte del pueblo—, arriesgándose a una carnicería, al final de la cual se iba a producir, de todos modos, la victoria de los comunistas. La alternativa era rendirse sin resistencia, abriendo voluntariamente las puertas a los largos años de gobierno totalitario. Y Benes, anciano, enfermo y desilusionado, optó una vez más por la rendición.

La tercera vez en que los representantes capitularon, fue tras la ocupación soviética de nuestro país, en 1968, cuando fueron llevados a la Unión Soviética y, al cabo de varios días de humillaciones y de amenazas, todos ellos —salvo una sola excepción— firmaron los llamados Protocolos de Moscú, con los que, en realidad, legalizaron la ocupación, dando el primer paso decisivo hacia lo que vino más tarde y que se denominó, de modo totalmente aberrante, la “normalización”.

Huelga decir que cualquier paralelismo que pueda establecerse entre distintas situaciones históricas puede resultar engañoso. Y lo mismo puede decirse de los casos que acabo de citar: personas dife-

rentes, con experiencias diferentes y en diferentes condiciones internacionales o nacionales, se vieron obligadas a tomar decisiones sobre asuntos que presentaban también muchas diferencias. Sobre cada uno de los tres dilemas se han escrito incontables volúmenes, testimonios, libros de memorias y análisis históricos, y cualquier persona que se haya ocupado de los tres temas es perfectamente consciente de que sería gratuito poner un signo de igualdad entre esos tres momentos sombríos de nuestra historia moderna.

No obstante, no pueden pasarse por alto algunos aspectos generales que los tres momentos tienen en común:

1) Quienes tomaban la decisión ignoraban, lógicamente, lo que nosotros sabemos hoy, es decir, las consecuencias que iban a tener sus decisiones, y, en general, desconocían los caminos que iba a seguir la historia después de sus decisiones. En esta cuestión, no podían contar más que con sus propias valoraciones y suposiciones. En el fondo, todo dependía, únicamente, de la profundidad con la que comprendieran la situación dada y de su propia imaginación a la hora de prever las consecuencias de sus decisiones, cualesquiera que fueran. Todos ellos eran conscientes de que no hacían más que escoger entre dos males, y todos intentaron sopesar con la máxima responsabilidad cuál era el mal menor.

2) Estos tres dilemas tuvieron en común que, o bien quienes se vieron atrapados podían decidirse por la opción “más éti-

ca”, pero vinculada al riesgo de pérdidas incalculables de vidas y de innumerables sufrimientos, o bien decantarse por la opción llamémosle “más realista”, que prometía no causar tantas pérdidas directas. En todo momento, se enfrentaban dos dimensiones de responsabilidad política: por una parte, la responsabilidad de la integridad moral de la sociedad; por otra, la responsabilidad de las vidas humanas. Debe ser un dilema terrible, y difícilmente puede juzgarlo alguien que no lo haya vivido personalmente.

3) Todos nosotros ignoramos, y nunca sabremos, qué habría sucedido si quienes tomaron las tres decisiones se hubieran inclinado por la otra opción. La historia se caracteriza por el fenómeno que los físicos denominan “singularidad”: tiene un único desarrollo, no ofrece alternativas que podamos comparar, no incluye ningún “si” condicional. Por eso hay que evaluar las decisiones tomadas, con mucha prudencia y distancia, evitando juicios simplistas.

4) Esas tres decisiones tuvieron consecuencias bastante similares: el traumatismo profundo de la sociedad y, a la larga, su desmoralización. Incluso puede afirmarse que estas consecuencias están unidas por un hilo, aunque muy fino, de relación causal o de continuidad: sin el trauma de Múnich, difícilmente se habrían dado en nuestro país, después de la guerra, unas condiciones relativamente favorables a la ofensiva de los comunistas, ante la cual los demócratas acabaron

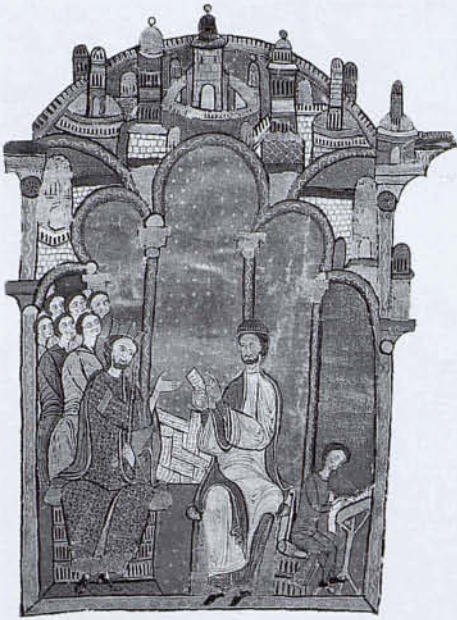
doblegándose. Y si la victoria de los comunistas, en 1948, no hubiera sido tan fácil, difícilmente los comunistas reformistas, en 1968, se hubieran dado por vencidos tan pronto. No creo que los checos, o mejor dicho, los checos y los eslovacos, sean moralmente peores que cualquier otro pueblo. Pero tengo la impresión de que las décadas que nos separan del Pacto de Múnich, de 1938, han marcado nuestro país con una especie de frustración moral muy específica, y de que las tres decisiones políticas que estoy tratando influyeron, de manera decisiva, en esa frustración, en su origen, en su desarrollo y en su profundización. En tres ocasiones, nuestra democracia o nuestras ansias de democracia fueron abandonadas sin luchar, algo que ha dejado una huella profunda en la conciencia de la sociedad, marcándola con un estigma siniestro. Podría citar aquí cientos de ejemplos concretos en apoyo de mi afirmación, pero no es ese el objetivo de mi discurso.

Mi propósito es otro: demostrar que, con-

traponer la política y la moral, es bastante problemático. ¿O acaso no fueron profundamente nefastas, desde el punto de vista político, las consecuencias de las decisiones “menos morales”? ¿Acaso no tuvieron los traumas morales causados por las citadas decisiones, graves consecuencias políticas a largo plazo? Ignoramos las consecuencias que habrían conllevado las decisiones contrarias, es decir, las “más morales”. Pero es fácil imaginar que sus consecuencias no tendrían por qué ser tan nefastas, tan profundas, tan largas, tan fatales. Es muy probable que, de manera inmediata, más gente hubiera perdido la vida y los bienes, que más personas hubieran sufrido el dolor físico. Pero podemos preguntarnos: ¿no habría evitado eso, otras pérdidas, las más profundas y prolongadas, aunque menos visibles, es decir, aquellas que provocaron unas heridas profundas en la integridad moral de la comunidad nacional? Es difícil sopesar los distintos tipos de pérdidas y juzgar cuántas vidas humanas vale la pena sacrificar, a la lar-



LIBER FEUDORUM CERITANIE (S. XIII).
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN



LIBER FEUDORUM MAIOR.
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN.

ga, por la salud de la sociedad y su prolongada inmunidad a nuevos males, y cuántas no vale la pena sacrificar. Sea como fuere, una cosa es clara: la moralidad y la inmoralidad tienen sus consecuencias políticas directas y viceversa: las decisiones políticas tienen sus consecuencias morales directas. Por eso me parece insensato separar la política de la moral y afirmar que son dos cosas distintas y absolutamente independientes. Afirmarlo y, más aún, ponerlo en práctica, es –paradójicamente– no sólo profundamente inmoral, sino también políticamente erróneo.

La moral es, pues, omnipresente, igual que la política, y la política que se desvincula de la moral no es sino una mala política.

Sin embargo, todavía no he respondido a la pregunta de qué habría hecho yo si me hubiera encontrado en el lugar de mis predecesores y hubiera tenido que afrontar los dilemas a los que me he referido. Confieso que no lo sé. Sólo pienso que, probablemente, habría tomado una decisión distinta a la que ellos tomaron. Aunque no descarto que mi afirmación de hoy esté influida por el conocimiento de lo que ellos ignoraban: adónde iban a llevarnos sus decisiones.

Por eso me parece más acertado plantear otra pregunta: ¿qué haría yo, hoy, si me encontrara ante un dilema parecido al suyo, ignorando, como ellos, adónde nos llevaría mi decisión, fuera cual fuera.

Creo que intentaría sopesar objetivamente todas las circunstancias posibles de mi decisión, pediría el consejo de muchas personas de mi confianza, analizaría globalmente la situación, intentaría calcular racionalmente las diversas consecuencias de mi actuación. Y si, una vez hecho todo esto, todavía no supiera

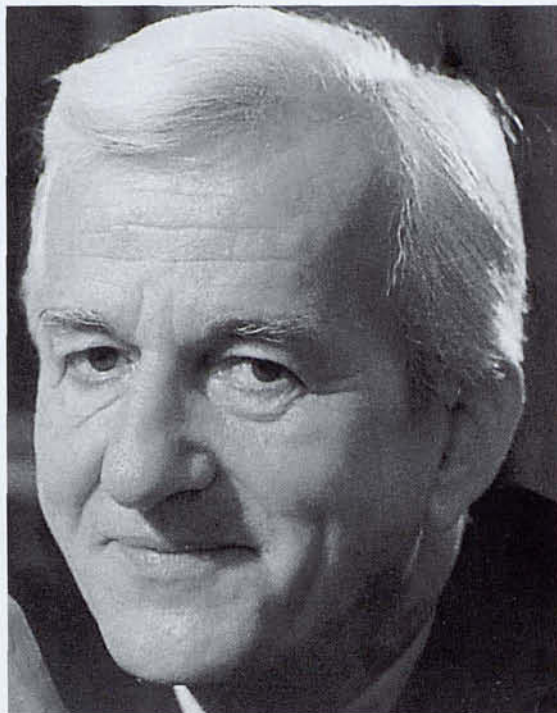
cómo actuar, entonces, con toda seguridad, me dirigiría a la única instancia que, a pesar de no ser totalmente fiable, en más de una ocasión me ha demostrado ser la más segura de todas: mi conciencia, mi intuición ética, aquello que llevo en mi interior –por lo menos, así lo siento– y que me supera.

Todos conocemos lo que se llama el remordimiento de la conciencia. La extraña y desagradable sensación de haber traicionado algo de nuestro interior o algo superior a nosotros; la sensación de habernos hundido en una especie de barro, de habernos manchado con algo repugnante; la sensación de haber hecho algo que no podemos dejar de explicar a alguien de nuestro interior o superior a nosotros y, al mismo tiempo, la sensación de que, cuanto más lo hacemos, menos convencidos estamos de nuestra causa. Se trata de un estado de una profunda angustia existencial, es el contacto con lo que los filósofos denominan la nada. Y al revés, todos conocemos aquella sensación de exaltación por haber escogido algo que no nos aporta ningún beneficio visible, pero que estamos seguros de que es acorde a las exigencias que, mediante nuestra conciencia, nos impone lo que se llama el orden moral universal.

No sé si esta reflexión obtendrá el aplauso de los políticos, pero no puedo hacer nada más: hasta ahora, todo me ha convencido de que la mejor política es la de hacer, sencillamente, lo que nuestra conciencia nos dicta.

Distinguidos presentes,

Les agradezco la atención con la que han escuchado esta reflexión y, ante todo, agradezco a Cataluña el premio que hoy me han otorgado. Me siento feliz de haberlo recibido con un hombre al que aprecio como pocos en el mundo. ■



RICHARD VON WEIZSÄCKER

DISCURSO DE RICHARD VON WEIZSÄCKER,
EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

Poder recibir el Premio Internacional Cataluña 1995 representa, para mí, un honor extraordinario. Dos son las razones que me mueven a hacerlo con una gratitud especial.

La primera hace referencia a la labor que realiza el Instituto Catalán de Estudios Mediterráneos. Yo vengo de un país situado más allá de los Alpes, un país continental rodeado de nueve vecinos, partido durante la Guerra Fría y que, hoy, es uno de los primeros en la tarea de volver a cerrar los abismos entre la Europa del Este y la del Oeste, es decir, de reunir dentro de Europa a todos los pueblos que pertenecen a ella. En este sentido, a los alemanes se nos recrimina, a menudo, que dirijamos nuestra mirada con mayor atención hacia el Este, mientras desatendemos los problemas del sur de Europa. Es posible. Cada nación tiene sus priori-

dades. Sin embargo, también hay que reconocer que todas nuestras obligaciones europeas forman un todo indivisible. Cuando el orden del día pone sobre la mesa los problemas del Mediterráneo, los intereses europeos de los polacos, de los checos o de los alemanes quedan afectados en la misma medida, del mismo modo que España, Italia y Francia pueden verse afectadas por los éxitos o los fracasos de la política europea del Este. La conclusión que extraemos una y otra vez es que todos los pueblos y todas las culturas que pertenecen a Europa llevan grabada la huella de la cultura mediterránea.

La primera constitución de carácter democrático la debemos a Solón de Atenas. Él fue quien definió la política como la función de equilibrar los intereses contrapuestos de los ciudadanos. Y señaló la ética como objetivo de la constitución.

De este modo, formuló ya el tema de la celebración de hoy: política y ética.

Además, y con una sobriedad admirable, Solón apostó por la libertad: decretó que ningún ateniense podía ser esclavizado por las deudas que contraía. Que, hasta hoy, nosotros seguimos ateniéndonos a esta prescripción, se demuestra con el hecho de que nuestros gobiernos incrementan constantemente las deudas y en cambio, afortunadamente, todos siguen siendo libres.

Cataluña está extraordinariamente capacitada para hacer que nosotros, los europeos, nos comprometamos con las raíces comunes de nuestra civilización. Su historia y su cultura nos han dado grandes personalidades. Su situación geopolítica le confiere la necesidad y, al mismo tiempo, la fuerza de convertir el encuentro de distintos pueblos y culturas no en un conflicto, sino en tolerancia y enriqueci-



LIBRE DELS USATGES I CONSTITUCIONS DE CATALUNYA. A. M. DE LA PAERIA.
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

miento. Cada pueblo debe entender que sus costumbres y su cultura no son los únicos verdaderos y divinos. Cataluña, a la vez, a través de su autogobierno, ofrece a sus ciudadanos ese arraigo sólido con su patria que cada uno de nosotros necesita en la Europa que entre todos hacemos crecer.

Cataluña es también una de las regiones más exuberantes y triunfantes de la Unión Europea. De ella surge una dinámica de desarrollo económico y de trabajo productivo entre regiones, que nos hace vislumbrar el futuro con confianza.

En este sentido, vaya mi cordial agradecimiento por esta gran distinción que me ha sido otorgada, a los ciudadanos de Cataluña, a los miembros del Gobierno de la Generalitat, al Instituto de Estudios Mediterráneos y al presidente Pujol.

El segundo motivo que hoy me llena de alegría es que puedo recibir el premio junto con Václav Havel. Le he considerado uno de los guías espirituales y morales de Europa y un amigo, ya mucho antes de que nadie pudiera sospechar que llegaría a ocupar la presidencia de su país. Y hasta hoy se ha mantenido fiel a su talento y a su misión de no descansar hasta que la ética sea, nuevamente, el objetivo claro y determinante de la política. Más adelante volveré a referirme a este punto.

II
Nuestro tema de hoy es la ética y la política. Solón ya habló de él, como he dicho antes, sobriamente, y sin embargo, libre de las numerosas decepciones que marcan nuestra conciencia actual. La política implica tratar con intereses. Lo que hace falta es equilibrar esos intereses con la máxima justicia posible hacia adentro y representarlos de manera eficiente hacia el exterior.

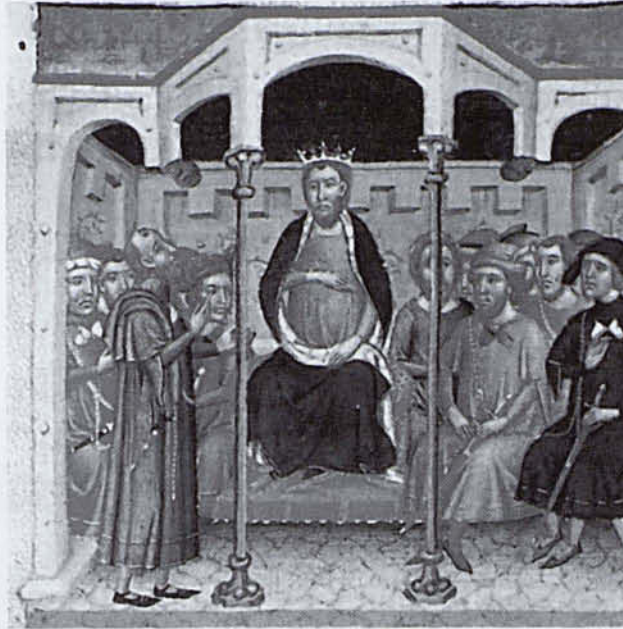
Ahora bien, ¿es la ética el verdadero objetivo de esos intereses, como da a entender Solón? Mi definición sería más prudente. Quien defiende sus intereses sin un fundamento ético claro, tiene una comprensión deficiente de sus intereses y, a largo plazo, los perjudicará. Pero quien no relaciona la ética, de forma manifiesta, con esos intereses existentes y reales, hace una política desustanciada que, al final, se convertirá en ideología inútil y quién sabe si incluso peligrosa. Nunca hay que separar la política de la ética, pero tampoco la ética de la política.

La democracia no es ninguna institución educativa para mejorar el ser humano. Nos considera, no como deberíamos ser idealmente, sino como realmente somos. Nos da las reglas de juego que deben servirnos para solucionar nuestros conflictos y egoísmos en unas condiciones de libertad. La imagen que la democracia

tiene de nosotros como personas, ciudadanos y electores, está completamente desprovista de idealizaciones. El optimismo de la Ilustración, que revistió con grandes y nobles palabras la Declaración de Independencia y la Constitución de Estados Unidos, suena, a nuestros oídos actuales, algo patético.

Normalmente, los políticos tampoco son muy distintos de aquéllos que los han elegido. Gran parte de la decepción que últimamente sienten los ciudadanos respecto de sus políticos, en todas las democracias, tiene su origen en la constatación de que electores y políticos son de la misma estofa, es decir, iguales. En todas partes se denuncian las mismas debilidades humanas. Nos encontramos con escándalos muy variados, con nepotismo y favoritismo. El poder político se utiliza para el beneficio personal. Los casos de corrupción encienden los ánimos. Las acciones de los políticos, cuanto más divergen de sus promesas anteriores, más minan su credibilidad.

Ésto son sólo, como ya hemos dicho, quejas ante unas debilidades humanas de sobras conocidas y que no se limitan a la clase política. Una antropología general del egoísmo y de la capacidad de seducción, no obstante, tampoco nos permite avanzar mucho. Más bien nos preocupa la cuestión de qué peligros y qué posibilidades ofrece la estructura de la demo-



JAIIME II DE MALLORCA. *LIBRE DE PRIVILEGIS*. MINIADO POR ROMEU DESPOAL (1334). ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

cracia, y qué papel puede desempeñar el ejemplo personal en la consolidación ética de la política.

III

Quiero señalar un peligro estructural. Se trata de la constante consideración del presente en detrimento del futuro. Es un rasgo característico legítimo de las democracias representativas, el conceder poder político sólo por períodos limitados, es decir, hasta las siguientes elecciones. Pero esto tiene también sus consecuencias. El gobierno está hoy en el poder. La oposición quiere alcanzarlo mañana. El presente es, a los ojos del gobierno, prioritario al futuro. La prolongación del presente se convierte para él en el tema dominante. ¿Quién es capaz, en esa situación, de tomar una decisión de futuro responsable, si ésta implica tener que renunciar a costumbres sagradas y, por consiguiente, provoca una importante pérdida de votos en las siguientes elecciones? La preocupante evolución de las condiciones climáticas de la Tierra y el continuo incremento del despilfarro de energía en las sociedades, son un ejemplo clásico. El período concreto de poder político con legitimación democrática se encuentra fijado y limitado por la fecha de las siguientes elecciones. Si los grandes problemas de nuestra época no quieren adaptarse a este tipo de calendario, ¡peor para ellos!

IV

¡Basta de quejas sobre las debilidades del poder en la democracia! No debemos dejarnos llevar por una política utópica sin dirección, sino por la disciplina del poder. Ésta se encuentra en la competencia entre partidos, en los controles ejercidos por los medios de comunicación y por la división de poderes, todo ello bajo las condiciones de la libertad pública. Esta libertad, no sólo nos asegura la domesticación del poder, sino que también nos ofrece la posibilidad de un acercamiento a la verdad. El progreso, en la ciencia, se basa en un control mutuo, público y libre. En política, las decisiones se toman por mayoría pero, como sabemos, mayoría no equivale a verdad.

Sin embargo, la libertad política no implica renunciar a la búsqueda de la verdad. Sólo presupone una cosa: nuestra experiencia común y la convicción de que se trata de una verdad situada frente a nosotros y que todo el mundo intenta alcanzar sin pretender poseerla ya. Nunca puede ser únicamente mi verdad. Pero en el intercambio y en el razonamiento público y libre con los demás, la puedo llegar a entender mejor que solo. Empiezo a darme cuenta de que, en política, es una exigencia de la verdad no perseguir la verdad absoluta, sino intentar encontrar lo correcto en cada caso concreto o, dicho con mayor prudencia todavía, lo

más correcto en el sentido de lo menos erróneo. El primer galardonado con el Premio Internacional Cataluña, Karl Popper, dijo al respecto: “En lugar de exigir la mayor felicidad al mayor número posible de personas, hay que exigir —con mayor modestia— el menor grado de sufrimiento para todos.”

Es cierto que no existe garantía de que la democracia, así entendida, sea la que más se acerca a la verdad. Un rey Salomón puede ser más justo que tres instancias de nuestra justicia independiente; y un gobernante absolutista ilustrado, más sabio que un primer ministro elegido y sometido a control. Y eso que, durante la historia, no ha menudeado la exigencia del filósofo mediterráneo Platón de que un político debería ser filósofo y de que un filósofo pudiera convertirse en rey, y menos aún con éxitos convincentes. Porque en un sistema como éste falta la libertad. Pero la verdad, como tal, necesita de la libertad. A la larga, la verdad sólo puede existir en el espacio creado por la libertad.

La inmejorable oportunidad que ofrece la libertad, como principio constitucional, es la capacidad de autocorrección y de cambio pacífico. Ésta es su fuerza ética decisiva. Los escándalos, los asuntos turbios y las corrupciones son síntomas de la debilidad humana en general. La democracia y la libertad no los engendran,



EDICIÓ DE LES CONSTITUCIONS I ALTRES DRETS DE CATALUNYA (1495). ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

sino que los desenmascaran, mientras que otras formas de gobierno los ocultarían. Por eso nuestra forma de gobierno es preferible a cualquier otra.

V

Ahora me gustaría hablarles, especialmente, del papel del ejemplo personal en la fundamentación ética de la política. Permítanme que vaya escogiendo ejemplos concretos que nos son especialmente cercanos en estos días. En toda Europa estamos recordando, en estos momentos, el fin de la Segunda Guerra Mundial, hace cincuenta años. ¿Cuál era el concepto ético que, entonces, acompañó la apertura de la esperanzada nueva era de paz? La historia nos demuestra que, al acabar una guerra, puede haber mentalidades vencedoras muy distintas. Concretamente, al término de la Primera Guerra Mundial, en 1919, los vencedores firmaron con la Alemania vencida el Tratado de Versalles. John M. Keynes, uno de los hombres que había participa-

do en la negociación por el lado británico y que, probablemente, es el economista más importante de nuestro siglo, definía el acontecimiento en los siguientes términos: “Las personalidades presentes en París eran éstas: Clemenceau, el más noble estéticamente; el presidente (Wilson), el más admirable moralmente; Lloyd George, el más sutil intelectualmente. De sus diferencias y debilidades nació el Tratado, heredero de todos los defectos de sus padres, sin ningún tipo de nobleza, sin moralidad ni inteligencia.”

Las consecuencias fueron fatales. Alemania, que había perdido la guerra, no dejaba de ser indispensable para la estabilidad de Europa. Ahora bien, a causa del sistema establecido en Versalles, quedaba moral y políticamente fuera de ella. Claro está que esto no engendró el nazismo, pero lo favoreció y ayudó a abrir el camino hacia la Segunda Guerra Mundial y todo su horror.

Al finalizar ésta pudimos comprobar, no obstante, que la actitud de la máxima fuerza vencedora, América, era muy distinta. Esta vez los intereses políticos coincidían con la base ética, según un modelo clásico: era el Plan Marshall. Europa había quedado destruida y completamente exhausta. En aquel momento, los americanos nos asistieron con ayudas materiales decisivas para recuperar la propia responsabilidad política. Aquel plan era generoso y miraba muy lejos. Incluía a todo el mundo, incluso a los enemigos derrotados, y no ponía impedimentos ni condiciones. No provocó

nuevas campañas de venganza sino al contrario, creó nuevas alianzas. Favorecía el objetivo de la verdad en la política, es decir, la reconciliación y la paz, que son las dos palabras clave que empleo en estos días de conmemoración del pasado.

Todo esto nos afecta, tanto dentro de nuestra propia sociedad, como en la relación con los países vecinos. A raíz de la reunificación de Alemania, nos enfrentamos al comportamiento de personas que vivieron bajo una dictadura de partido, con un refinado sistema de espionaje y de control de la población, llevado a cabo por la llamada Stasi (Seguridad del Estado). Este sistema causó graves daños morales. Ha inducido, también, a todo tipo de tentaciones y corrupciones, a menudo ha destruido la confianza entre personas muy allegadas y ha ido envenenando el clima de convivencia. Si queremos sanear este clima, debemos enfrentarnos a la verdad.

Sin la ayuda de la verdad hay muy pocas posibilidades de conseguir la reconciliación y la paz entre los hombres. La verdad, sin embargo, sin este objetivo de reconciliación, es inhumana.

Quien ha cometido un agravio debe comprender la propia debilidad, el propio error y la culpa. No hacen falta, forzosamente, acusaciones públicas; hace falta la fuerza interior de una reflexión íntima que puede obrar milagros y ofrecer la oportunidad de un nuevo comienzo. Quien ha sido víctima de algún agravio debe obligarse, en cambio, a hacer el esfuerzo enorme de reestructurar una rela-

ción que la acción del criminal ha destrozado. Debe estar dispuesto a perdonar. Y ésta es una actitud tanto o más difícil que la que implica un arrepentimiento. Porque quien perdona debe poner fin a su superioridad moral frente a su deudor. Debe reconocer la humanidad del culpable porque no deja de ser, en el fondo, su propia humanidad.

Y ahora acaso se pregunten: ¿qué relación tienen estas experiencias interpersonales con la política? Estamos viviendo en unos estados secularizados e ideológicamente neutrales. La gran oración cristiana, el padrenuestro, con aquella súplica de perdón que dice "como nosotros perdonamos a nuestros deudores", no es ningún precepto de nuestra constitución ni forma parte de nuestras obligaciones del derecho internacional.

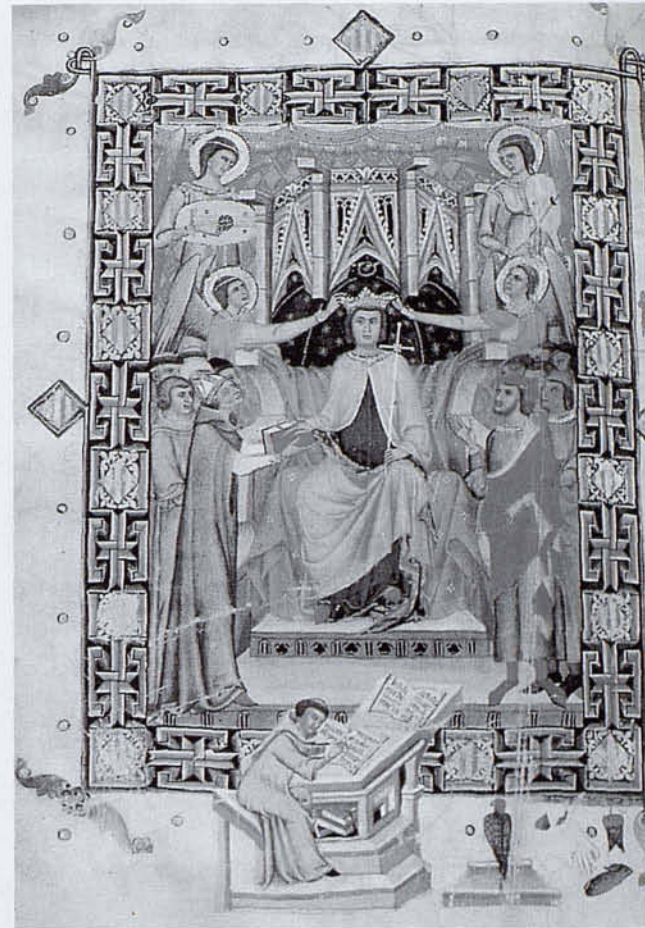
Seguro. Y sin embargo son experiencias humanas profundas, que a menudo pueden ayudarnos a superar peligrosos obstáculos políticos y que no son necesariamente falsas o irrelevantes porque sean dogmas de fe. La ética, sin la cual no puede prosperar la política, no se encuentra en los articulados de las leyes, sino en el comportamiento de las personas. La fuerza del ejemplo que un hombre puede dar es insustituible. Sólo me gustaría darles un ejemplo: el de Václav Havel, que define la comunidad específica formada por checos, alemanes y judíos como el auténtico sujeto de la historia de Bohemia, y se declara enemigo del acaparamiento del pasado por viejos nacionalismos. Habla claro y pone nombres a los crímenes: la invasión hitleriana,

la matanza de víctimas inocentes, pero también la expulsión de los alemanes de los Sudetes. Havel se ha opuesto reiteradamente a establecer un balance de los crímenes, a llevar la cuenta de las acusaciones mutuas, a alimentar el círculo vicioso de la venganza y la revancha. Y puesto que siente profundamente la elemental necesidad de superar el bloque de las relaciones entre vecinos que comparten fronteras desde hace tiempo, les propone un diálogo nuevo y verdadero, un diálogo donde nadie debe sentirse rehén del otro, ni rehén de una historia nefasta.

Aún no hemos alcanzado la meta. Pero nos hemos puesto en camino y marchamos al encuentro del otro. El ejemplo personal de un hombre lo ha hecho posible. Su política nace de su ética. Y con la ayuda de esta ética sabe ver las necesidades reales de su país y servir las. Ha entendido lo bastante bien la historia para no permitir que el pasado vuelva a convertirse en programa del presente. Mira hacia el futuro de Europa, cuyo desarrollo espiritual tiene sus raíces en el Mediterráneo y un presente exuberante aquí, en Cataluña.

La civilización mediterránea no hace a los hombres ángeles. Ve en la política el deber de armonizar unos intereses a menudo antagónicos y es la experiencia la que le ha demostrado que esto sólo es posible sobre una base ética.

Necesitamos la ética para guiar el proceso tecnológico de manera que invierta el retroceso ecológico, en lugar de acelerarlo. Necesitamos la ética para conver-



LIBRE VERT DE LA CIUTAT DE BARCELONA.
ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN

tir la protección del medio ambiente en una industria de crecimiento. Necesitamos la ética para poner freno a la proliferación de armas. Necesitamos la ética para poder alimentar una población mundial que actualmente es de cinco mil millones de personas y pronto será de ocho o diez mil millones. Necesitamos la ética para satisfacer esta necesidad elemental de la persona que es la justicia.

La ética que aquí se describe es la razón ilustrada. En el auge de la Ilustración, Immanuel Kant formuló este imperativo categórico: actúa de modo que la máxima de tu actuación se pueda convertir en ley generalizada. Es una norma que no va dirigida a la sociedad, sino al individuo. La ética es la expresión del individuo autónomo. De su reacción, de su ejemplo, depende la viabilidad de la democracia liberal. La ética es trabajo, no de la estructura, sino del hombre y de la mujer. Sólo ellos pueden conseguir que la política se haga humana. ■